

—Bien; pues *¿quiere* vd., compadre, conformarse con lo que *decida* D. Margarito?

—Hombre—dijo éste—á mí no me pregunten nada de *tiologia*.

—Si no es *tiologia*;—dijo otro de los que escuchaban la discusion:—lo que se disputa pertenece á las matemáticas.

—No, padrino—le advirtió otro—se me *afigura* que es asunto de *bramática*.

—Eso, eso quise decir, de *bramática*.

—Bien, sea de lo que fuere: vdes. cómo dirian, *efeuto*, como yo sostengo que se debe decir, ó *efeito*, como asegura mi compadre?

—Yo digo que *efeuto*:

Dijo uno.

—Y yo; replicó otro.

—Y yo; dijo un tercero.

—Y yo; añadieron varios.

—Pues á mí—dijo otro de los oyentes—me parece que se debe decir *efeito*.

—Y á mí.

—Y á mí.

—Y á mí.

A la acalorada disputa, uno de los que

estaban bailando se dijo hácia los que discutian.

—¿A dónde vas?

Le preguntó su compañera.

—Voy á escuchar; porque no hay cosa que mas me *cuadre* que cuando dos se *agarran al pico*, que es lo que *istruye*.

Y á imitacion de él todo el mundo se agrupó en derredor de los que disputaban, excepto nuestro jóven, de finos modales, que continuaba inmóvil y cruzado de brazos.

—Pues ya ve vd., compadre—dijo uno de los que disputaban—cómo hay muchos de mi opinion, esto es, que se debe decir: *efeuto*, *defeuto* y *perfeuto*.

—Lo mismo hay de la mia; pues sostienen que está mejor dicho *afeito*, *defeito* y *perfeito*.

—¿Pero cómo dice la leyenda?

—¿Cómo dice?

—Precisamente traigo aquí unos versos de un *evangelista* (1) que se lo van á probar á vd., compadre.

(1) Memorialista en España; pero es preciso advertir que el evangelista de México no tiene instruccion ninguna.

—Y yo traigo otros que le convencerán á vd. de lo que yo digo.

—Vamos á ver.

—Vamos á ver.

Y ambos echaron mano al bolsillo y sacaron un papel.

—Los concurrentes se aproximaron á ellos cuanto les fué posible.

—Oiga vd., compadre, y ya ve vd. que están en letras de molde.

Si premias, chata, el *afeuto*
de mí, que por tí suspiro,
en mi alma harás tal *efeuto*,
que me tornarás *de al tiro*,
de malo en hombre *perfeuto*.

—¿Lo ve vd., compadre? Dijo el que acababa de leer.

—Se dice *perfeuto*, no hay duda; dijeron todos.

—Agora lo veremos—añadió el que sostenía lo contrario:—oigan vdes. los que yo traigo, y que también están con letras de molde.

—Vamo á ver.

Eres un cielo *perfeito*

de belleza extraordinaria,

no tienes mas que un *defeito*

que te muestras á mi *afeito*

en extremo *polinaria*.

—¿Lo ve vd., compadre? Exclamó el lector.

—Pues entonces se debe decir *perfeito*.

Dijeron todos.

—No, sino *perfeuto*;—dijo el que leyó primero.—Mis versos están hechos por el mejor *evangelista* de los que están en el Portal de Santo Domingo.

—Lo *mesmo* los que yo he leído.

—Pues ¿cuánto *quere* vd. apostar, compadre, á que se dice *perfeito*?

—Lo que vd. *quera*, compadre.

—Un almuerzo de *enchiladas*, con su correspondiente pulque.

—Corriente.

—Se conforma vd. con lo que diga D. Refugio, que está presente, y que es *evangelista* que la *enteliga* para esto de poesía?

—Corriente: paso por lo que diga.

—Vamos, resuelva vd., D. Refugio.

Don Refugio, que era otro hombre del bajo pueblo, que no se habia atrevido á tomar parte en la discusion, porque lo mismo que todos, ignoraba cómo se debia decir, y temia perder la fama de sábio que tenia entre aquella gente, perdió el color y la serenidad.

—Sí, sí, que D. Refugio sentencie.

Exclamó la multitud que esperó en silencio á que despegase los labios.

—Pero, hombre, para ¿qué es eso?—Dijo sudando de congoja D. Refugio que veia comprometida su reputacion, y tratando de que no se hablase mas sobre el asunto—que diga cada cual como mas le *cuadre*, y asunto concluido.

—No, no; hay apuesta, y es preciso que vd. diga como está mejor dicho, si *perfeito* ó *perfeito*.

—Sí, sí; es preciso.

Gritaron todos.

—¿Quién de vdes. es el que ha dicho que se debe decir *afeuto*, *perfeito* y *defeuto*?

—Yo.

—Es decir que vd. sostiene que se debe decir *defeuto*, *afeuto*, y *perfeito*?

Volvió á preguntar D. Refugio tratando de ganar tiempo y ver cómo podia eludir su opinion.

—Sin duda.

—Bueno. ¿Y quién es el que asegura que ha de ser *afeuto*, *defeuto*, y *perfeito*?

—Yo.

—Muy bien.

—Diga vd. ahora ¿quién tiene razon?

—Con que vd. dice que *afeuto* se debe decir y no *afeuto*?

Repitió, acongojado el electo juez en aquella cuestion.

—Sí, hombre.

—¿Y vd. que *afeuto* y no *afeuto*?

—Eso es.

—De manera que vd. que dice *afeuto*, no está de acuerdo con el *afeuto*; ¿no es esto?

—Sin duda.

—Ni vd. que dice *afeuto* está con el *afeuto*.

—Sí, hombre, sí.

—Luego lo que hay que resolver... Hom-

bre, vamos á bailar un jarabe y dejemos la discusion.

Dijo tratando de escabullirse; pero todos le agarraron, y le obligaron á permanecer allí.

—No se va vd. hasta que no sentencie.

Don Refugio vió que no habia remedio, y continuó.

—Luego, como he dicho antes, lo que hay que resolver es si está mejor dicho *afeuto* que *afeito*, ¿no es esto?

—¿Cuántas veces hemos de decir que sí?

Contestó impaciente uno de los de la disputa.

—Luego la cosa está entre si vd. que dice *afeuto*, ó el señor que dice *afeito*, hay alguno que tiene razon.

—¡Dale! ¿no se le está á vd. diciendo que sí?

—De manera que lo que se desea saber....

—Lo que se desea saber, hombre de Barabás, es que nos diga vd. sin mas rodeos, si se dice *afeuto* ó *afeito*, y se acabó.

—Pues yo les diré á vdes....

Y el evangelista se quedó meditando.

—¿Cómo?

Preguntaron con impaciencia.

—Pues se dice.... Pero, hombre, dejen vdes. la discusion para otro dia,

—No señor. ¿Cómo se dice?

—Pues se dice....

—Diga vd.

—*Afeuto*.

—¿Lo ve vd., compadre? he ganado.

—Esperen vdes., señores, que todavía no he acabado—añadió D. Refugio.—Se dice *afeuto*, y se dice tambien *afeito*.

—¿Lo ve vd., compadre?—contestó el otro—yo he ganado.

—De ambas maneras lo usan los autores que yo he leído, pues tengo todas las obras de todos los *evangelistas* desde que escribian junto al *caballito* (1), que estaba en la Universidad, hasta las últimas escritas por

(1) Dan vulgarmente el nombre de *caballito* á la magnífica estatua ecuestre de Carlos IV, que habiendo sido quitada del centro de la Plaza de Armas al hacerse la independencia, fué llevada al patio de la Universidad, fuera de cuyo edificio se ponian los memorialistas ó *evangelistas*. Despues se trasladó la estatua al Paseo Nuevo, que es don-

mis compañeros en el Portal de Sto. Domingo.

—No me conformo.

Dijo uno de los de la disputa:

—Ni yo; añadió el otro.

—¿Pues se conforma vd., compadre, con

de hoy se encuentra, y los *evangelistas* pasaron al Portal de Santo Domingo, donde están actualmente.

La expresada estatua ecuestre se expuso al público en la Plaza de Armas el día 28 de Noviembre de 1803. Acordó su erección el marqués de Branciforte, siendo virey de México; y mientras se fundía hizo colocar una provisional, que se alzó el 9 de Diciembre de 1796. La obra de la estatua, que es de bronce, fué encomendada al célebre escultor español, D. Manuel Tolsa. El metal que se fundió pesaba seiscientos quintales, y tardó en liquidarse desde la tarde del 2 hasta la mañana del 4 de Agosto: la fusión en el molde fué cosa de quince minutos. La altura total de jinete y caballo es de cinco varas y veinticuatro pulgadas; en el vientre de éste cupieron holgadamente veinticinco hombres, que entraron por una puerta que exprofeso se dejó en la parte superior del anca. El marqués de Branciforte costeó la estatua. “Esta obra, dice de la estatua un viajero, excede en primor y pureza de estilo á quanto nos ha quedado del mismo género en Europa, exceptuando solo el Marco Aurelio de Roma.”

Una de las cosas que hace resaltar el mérito de la estatua de Carlos IV, es que caballo y jinete son de una sola pieza.

la opinion de ese *catrin* que viene tan pensativo en la canoa?

—Me conformo.

—Ese por *juerza* ha de saber cómo está mejor dicho.

—Corriente: vamos á preguntarle.

Y los dos de la discusión, acompañados de los oyentes, se acercaron al jóven meditando.

—Tenga su merced la bondad de sacarnos de una duda, caballero.

El jóven pareció despertar de un sueño, y volvió la vista hácia los que le hablaban.

—¿En qué puedo servir á vdes?

Les dijo con voz dulce y acento melancólico.

—Tenemos una disputa sobre unas palabras, y quisiéramos que su merced tuviera la bondad de decirnos cómo están mejor dichas.

—¿Cuáles son?

—Yo digo que es mejor castellano *afeito*, *defeuto* y *perfeuto*, que *afeito*, *defeito* y *perfeito*, como asegura mi compadre. ¿Quién tiene razon?

—Tengo el dolor de decirles á vdes. que ninguno, porque ni se dice *afeuto, defeuto y perfeuto*, ni *afeito, defeito y perfeito*, sino *afecto, perfecto y defecto*.

Los de la cuestion quedaron estupefactos.

El evangelista corrido.

Los oyentes, admirados, ponderaron el talento del jóven, y se retiraron al sitio que antes ocupaban, donde continuaron oyendo cantar.

Y nuestro jóven, cruzando los brazos, fijando la vista en el agua que corria, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, volvió á quedar sumergido en sus meditaciones.

La canoa entre tanto habia caminado con tal velocidad, que dejando atras á centenas de las que antes que ella habian salido, estaba ya á pocas varas de Ixtacalco.

Millares de personas se veian saltar de las ligeras embarcaciones que habian llegado á la orilla del sitio que sirve de muelle.

La animacion que reinaba en el pueblo, con motivo de la fiesta, era extraordinaria.

y por todas partes no se escuchaban mas que gritos, música y voces de alegría.

La canoa en que marchaban las personas de que nos hemos ocupado, llegó tambien, y todas saltaron á tierra para tomar parte en el regocijo general.

Solo nuestro melancólico jóven permaneció en el mismo sitio sin darse prisa á desembarcar.

—¿No va su merced á tierra, señor amo? Le dijo uno de los remeros viendo que no salia.

—Mas apreciaria que me llevase vd. á Culuacan.

—¿Imposible!

—Le pagaré á vd. bien.

—Aunque me diese su merced lo que me diese. La fiesta de Ixtacalco es *retemucho* mejor que la de Culuacan, y yo, aunque es verdad que *quero* ganar, *quero* tambien divertirme.

—¿Y no sabe vd. si habrá algun canoero que me quiera llevar?

—Puede. ¿Por qué no va su merced al

pueblo y pregunta en los *jacales* si hay alguno que lo *quiera* llevar?

Nuestro jóven tomó el consejo del remero, y saltó á tierra con objeto de buscar quién le llevase al pueblo que anhelaba.

Ixtacalco, ese pueblo de indios que conserva todavía su primitiva fisonomía, y que se deriva de las palabras *Ixtla calli*, que significa *casa blanca*, presentaba en esos instantes un aspecto sencillo y risueño.

Sus calles, en que no se ven otros edificios que las humildes chozas de los indios, se veían llenas de arcos de vistosas flores, cogidas de las pintorescas chinampas que embellecen aquel antiguo pueblo, cuya agricultura tanto llamó la atención de Hernán Cortés y de sus valientes soldados.

La torre de la iglesia se veía adornada de vistosos gallardetes de variados colores, y la puerta y el átrio, de grandes amapolas rojas y amarillas que daban al conjunto un aspecto agradable.

Aun era muy temprano, y la gente se paseaba por todas partes esperando la hora de la función.

Los vendedores de naranjas, de agua de limón, los rosquilleros y los dulceros atronaban el aire pregonando sus mercancías.

La alegría era general.

Solo nuestro jóven marchaba triste y meditabundo por en medio de aquella multitud, que no pensaba mas que en gozar.

Habia entrado en varias chozas, y no habia podido encontrar quien quisiera llevarle á Culucan.

—¿*Quiere* ir su merced á las chinampas?

Le preguntó al llegar al extremo del pueblo, un indio que se ocupaba en hacer coronas de flores con su familia á la puerta de su choza.

—No; lo que le agradecería á vd. es que se dignase llevarme á Culucan.

—¡A Culucan!.... imposible. Si *juera* otro dia....

—¡Otro dia....! ¡otro dia....!—exclamó con acento melancólico el jóven.—¡Ah!.... ¡otro dia acaso no estará el padre Enrique!

—¿El padre Enrique dice su merced?

Preguntó el indio suspendiendo su trabajo.

—Sí, el padre Enrique, á quien me interesa verle hoy mismo.

—Vamos, señor amo—dijo el indio levantándose de donde estaba sentado:—si es para ver al padre Enrique, no hay *oservacion* que hacer: voy á llevar á su merced: es un *padrecito á quien* debemos mucho todos los *naturales*.

En la fisonomía del jóven brilló la alegría.

—¡Ah!... gracias, gracias:—exclamó:—corramos, pues, ya que vd. se digna conducirme.

—Vamos, señor amo.

Y el indio, diciendo á su interlocutor que le siguiera, se dirigió por en medio del gentío al embarcadero; desató una canoa que estaba amarrada al tronco de un árbol, entró en ella con el jóven, y poco despues remaba con indecible brío con direccion á Caluacan.

Pero en tanto que el uno profundamente abismado en sus meditaciones y el otro remando con ahineo, se dirijen á ver al padre Enrique, escuchando á lo lejos el rumor de a fiesta, penetremos al sitio en que aquel digno sacerdote se encontraba en ese mismo momento.

CAPITULO XV.

El padre Enrique.

Estamos en una pieza sencilla, donde no se veia ninguno de esos muebles y adornos que el hombre ha inventado para ostentar un lujo deslumbrador, que halaga los sentidos y proporciona al cuerpo los regalos que le quitan su actividad y su fuerza, que le debilitan y le enervan.

En la pieza que nos ocupa, solo se veia una mesa de cedro, encima de la cual se descubria un Santo Cristo en el momento augusto de espirar: escultura, si no de gran mérito, de buenas proporciones, que despertaba en el alma sentimientos cristianos